

IRENE PADILLA ARRIAGADA

LA COSTURERA DE LA CALLE LAMAR

*Una novela sobre la leyenda de
Irene Morales, la desconocida
heroína de la guerra del Pacífico*

*En la guerra, lo único personal es el amor.
Lo demás es común, incluida la muerte.
Del amor, ellas hablan con menos franqueza que de la muerte.*

SVETLANA ALEXIÉVICH,
La guerra no tiene rostro de mujer

*En las guerras de antaño, los hombres podían reclamar el
privilegio exclusivo de matar y morir por la patria.
En los tiempos actuales, las mujeres también participamos.
Eso nos modifica, hace que nos volvamos descaradas.
Entre muchas derrotas, esta será la derrota
de los hombres en su masculinidad.*

ANÓNIMA,
Una mujer en Berlín

A Mercedes Cisternas, mi abuela

Nota de la autora

Esta es una obra de ficción, basada en hechos reales. Los personajes (reales o ficticios), lugares y acontecimientos responden al proceso de creación literaria de esta obra. En ningún caso esta novela es un registro puramente histórico-gráfico de la guerra del Pacífico.

PRIMERA PARTE

1

**Puerto boliviano de Antofagasta.
24 de septiembre de 1878**

Es de madrugada. Irene descansa con la cabeza apoyada en la mesa de coser. Lloro. Ya no tiene a quién más recurrir para salvar la vida de su amante. Tampoco le han dado el derecho a saber la hora de su fusilamiento. Quizás lo anuncie el repique de las campanas de la parroquia o, derechamente, el eco de los disparos de fusil. Entre la ensoñación y la vigilia, lo ve, lo huele: Santiago Pizarro, el músico que ha matado a un hombre, la rodea por la cintura, la acaricia desesperado, y ella le responde con la misma vehemencia, ahí, en ese suelo de tierra apelmazada de su covacha en la calle Lamar. Es tan real que llora y entreabre los pesados párpados. Cómo pueden doler tanto los ojos, el rostro, el cuerpo entero.

Los golpes secos en la puerta la hacen despertar. Corre para abrir y en el umbral está el rapazuelo, su pequeño ayudante de la sastrería. El chiquillo se lleva el índice a los labios y la toma de la muñeca para que lo siga. Irene apenas alcanza a sacar un chal para cubrirse, y afuera la noche del desierto arrecia.

Entre jadeos y pasos apurados, ella y el muchachito orillan la línea férrea, se refugian en los recodos, entre las paredes de tablas de las ranchas, y esquivan cachivaches en la oscuridad hasta llegar adonde terminan los caseríos del puerto. Ocultos entre los restos de un antiguo gallinero, se resguardan y oyen la

voz del jefe del cuartel ordenando a sus soldados que preparen las armas y apunten.

Irene se queda sin aire. El corazón le golpea los huesos del pecho e imagina mil maneras de salvarlo y, a la vez, entiende que no hay ninguna. El sonido metálico de los fusiles en posición de apuntar es insoportable. Ha perdido la razón, y ahora forcejea con los brazos delgados, pero fuertes, del rapazuelo, que la atrapa por el cuello y le ruega que se quede en el refugio si no quiere terminar muerta como Pizarro.

La voz quejumbrosa de su amante cruza el desierto hasta sus oídos. Pide al pelotón que no venden sus ojos; quiere ser testigo de su muerte. Pero, antes de que su petición acabe, lo acalla el fogonazo de los rifles. Ella se agarra los cabellos, los revuelve, la desespera el olor de la carne quemada por la pólvora. Se desahoga en un alarido que el rapazuelo ahoga cubriéndole la boca. Con un horror que la deslumbra, escucha las pisadas de las botas de un solo hombre, que dice querer asegurarse de que está bien muerto ese perro chileno, el mismo verdugo que hace tronar en el páramo la descarga de un último tiro.

No puede pestañear, pareciera que quiere resucitar al ajusticiado con la mirada. Lo recorre otra vez: el cadáver está tirado en las escaleras del porche del cuartel boliviano. Tiene orificios en el torso, en el cuello, en los brazos y en sus delicadas manos de músico. Son tantos, Dios mío, son tantos disparos. Irene empuña las manos.

El sol de esa mañana quema su nuca, el viento caliente le atraviesa el algodón del vestido. La rodea la mitad del pueblo, son los chilenos. Y, sobre los techos de las casas, los buitres también son testigos, gruñendo, abriendo sus largas y grasientas alas.

—¡Vedlo ahí, el fusilado Santiago Pizarro! ¡Esta es una lección para que entiendan quién manda en este pueblo! —repite a viva voz un centinela boliviano.

Un soldado desde dentro del cuartel se le acerca, pero ella no quita la mirada del cadáver, el miedo le empapa el traje, se niega a abandonarlo. El hombre la empuja y le dice que el jefe ordena que se largue de una vez. Irene desobedece y pronto las órdenes del enviado se hacen gritos, luego insultos, pero ella no le hace caso. Otro gendarme se aproxima con un balde de agua de mar y se lo lanza a la cara.

La sal le hace escocer la piel, el agua chorrea por su cabeza. No se mueve. Ahora, es el mismo jefe del cuartel quien salta los escalones del porche, quien con su bota pisa a la pasada un brazo del muerto. Lleva un largo listón de madera con el que sin advertencia le azota el vientre. Ella se desploma, de rodillas en la arena, jadea buscando aire, y los testigos de la paliza ahogan un grito de espanto.

—El cuerpo de ese hombre me pertenece, señor. Quiero piedad. Nada más —dice en una plegaria casi inaudible, mientras apunta al cadáver de su amante.

El jefe del cuartel se pasa la mano por la frente y se seca el sudor. Mira al gentío: uno a uno, son los rostros rudos de veteranos del desierto, hombres y mujeres venidos del sur que lanzan escupitajos de odio, que se llevan una mano al cinto para que él vea dónde esconden sus afilados corvos. El jefe da media vuelta buscando el refugio del cuartel.

Los chilenos, con las venas borboteando discuten si ha llegado la hora de matar, la muerte del músico ha hecho renacer los deseos de guerra, mientras Irene, aún tumbada en la arena, llora, le confiesa a Dios que quiere morir ahí, con su Pizarro, que los bolivianos de una vez la maten, o que el sol de Antofagasta la encienda y la queme como una antorcha de ser posible, cuando Rosario Ossa, la dueña de las minas de plata, se abre paso a codazos entre la muchedumbre, que pareciera no acabar. Los ojos de la mujer presencian el instante terrible: Irene está de rodillas con el cabello pegoteado, el vestido que alguna vez fue blanco está manchado de barro y sangre. Corre hasta ella, la rodea por los hombros y la revisa para asegurarse de que no la

hayan herido. El centinela que vigila el cadáver del músico coloca su fusil en ristre, el pecho le sube y baja agitado, apuntando a las dos mujeres.

—¡Ya les dije que no toquen al muerto!

—Tenga piedad de esta mujer, señor.

—No puedo, cumplo órdenes, doña.

—Dígale a su superior que nos entregue el cuerpo de ese muchacho.

—El fusilado Pizarro será exhibido hasta que los jotes desciendan, señora Ossa. Esa es la orden.

Como si hubiera escuchado el llamado, un buitre se deja caer sobre la arena. La alimaña agita las alas, alarga el cuello, da mordiscos a los pantalones de Pizarro. Algunas mujeres se tapan los ojos ante el horror, los hombres de la turba se acercan con más vehemencia al cuartel. Irene se lanza sobre el cuerpo, espantando al ave en una lucha de manoteos y patadas. El centinela tiene la mirada desbocada, mueve el fusil con la intención de disparar a mansalva si los chilenos se atreven a atacar, pero la voz profunda de Rosario Ossa lo detiene.

—¡El buitre ha bajado a tierra, señor! Cumpla su promesa. Mire toda esta gente, si no entrega ese cuerpo, ustedes morirán esta tarde. Hágalo, se lo pido, hágalo si quiere vivir.

Quiere que Pizarro se quede con ella. Quiere retenerlo antes de que la arena y el salitre hagan de ese hombre que fue suyo lo que hicieron con los cuerpos de los antiguos indios, con todo el que muere ahí: piel disecada bajo los ropajes del entierro.

Sobre el catre de madera de su covacha de Lamar, el mismo donde alguna vez hicieron el amor, donde confesaron sus secretos, reposa el ajusticiado. Una mujer le entrega una jofaina de agua tibia y una navaja para afeitarlo. A Irene las manos le tiemblan, pues teme hacer más heridas en ese rostro maltrecho. Aun así, toma aire y desliza la hoja por la cara y el cuello endurecidos

por el rigor de la muerte. Estás heladísimo, Pizarro, murmura, te has transformado en otra cosa.

La muerte es egoísta, piensa, no espera, la tibieza de los cuerpos dura minutos, y la blandura de la carne unas pocas horas. Rechina los dientes, la indigna la injusticia de que el jefe del cuartel le haya quitado ese tiempo. La mujer trae otra jofaina, más paños limpios. La deja sola. Con una tijera, Irene corta las ropas de su amante. La chaqueta y la camisa están inmundas.

Corta también los pantalones, arranca el calzoncillo, no lleva calcetas ni zapatos. Revisa los pies, las musculosas pantorrillas, su sexo. La piel está pintada de ronchas rojas, algunas son más grandes y otras se volvieron heridas con costras amarillentas. Da vuelta la cara, se muerde la hombrera del vestido con rabia, comprende que aquellas son picaduras de pulgas y chinches de esa pocilga inmunda donde lo apresaron. El torso de Pizarro es un amasijo violáceo de disparos. Ella empapa un paño tras otro, le lava con cuidado el pecho. Los balazos son círculos deformados de un color entre negro y azul. Cuál habrá sido la bala que te mató... Saca de un baúl un frasco de concentrado de quillay y le enjabona el cabello; con la poción espumosa le saca la mugre de los tres meses de encierro.

Lo enjuaga y ve el color negro tan bonito que tenía ese pelo. Le acomoda los mechones ondulados y, de pronto, la idea de no volver a tenerlo la desespera, la hace lanzar un gemido apretando su boca contra el cuello del cadáver. Respira y por fin se larga a llorar. Escucha los pasos apurados de una mujer, es Rosario Ossa, que la abraza por la espalda, la consuela como una niña, le pide que por favor descanse. Sin embargo, ella se niega y vuelve en sí, contestando que el *mister* está por llegar, que tiene prisa por dejarlo listo.

Más mujeres que han llegado a la covacha la ayudan, levantan las endurecidas piernas y los pesados brazos del músico para colocarle el pantalón y la levita. Doña Rosario pone la cabeza del muerto sobre un cojín con flores bordadas. Y cuando ella le calza una bota, piensa en qué es la vida humana sin un cuerpo.

Sabe que su Pizarro muy pronto se reducirá en su recuerdo a una silueta tras un vidrio sucio: que a los meses lo verá en otros hombres y la visitará en sueños, que en su memoria no tendrá voz. Que quizás a una década de ese día será una materia fugaz, y a los treinta años ella habrá tenido una vida entera para olvidarlo.

Han terminado de preparar el cuerpo, Pizarro descansa sobre el catre. Irene se inclina, lo besa en los labios con dulzura. No, para ella no basta con llevar un mechón de su pelo colgando de un medallón, ni con guardar en un baúl la camisa rasgada por los disparos. Esta vez quiere quebrar con un fierro las piernas al tiempo y quedarse con él, mientras le alcance la vida.

Abriéndose paso entre los curiosos asomados al portal de la casa de Lamar, Harry Fanning, el contador de la mina de salitre, el que hace retratos a pedido en sus tiempos de ocio, pide permiso al gentío. El gringo tropieza con un perro, se tambalea y vuelve a equilibrarse afirmando la cámara fotográfica y el robusto trípode de madera que la sostiene. Ante Irene, se saca el sombrero y le da su pésame. El ayudante que viene junto a él repite el gesto. Los dos hombres miran a Pizarro. El gringo levanta las cejas y pestañea varias veces. A su lado, el joven ayudante se lleva el puño a la boca ahogando lo que puede ser una arcada o una palabra. Podría ser cualquier cadáver con los ojos cerrados y las palmas sobre el vientre, pero Pizarro aún excreta sangre. Los hombres buscan un espacio para acomodar el trípode, el piso está desnivelado y el ayudante pide objetos para encontrar el ángulo: un pedazo de tela, un palo, la tapa de una olla, lo que sea. Cuando la cámara está en posición, el gringo ajusta el fuelle y el lente del pesado armatoste. Ella le advierte que no pueden verse las marcas de los balazos, que debe parecer como si hubiera muerto en el sueño. Los hombres se miran, Fanning le contesta que hacen lo que pueden, porque a donde sea que muevan la cámara, está la sangre del pecho. El gringo le dice a su asistente que deben levantar el catre, el joven se saca la chaqueta, se arremanga la camisa y le grita a uno de los curiosos en la puerta que le dé una mano. El hombre que se ofrece es bajo, pero de brazos fuertes,

lo suficiente para soportar entre los dos el peso de un catre y un cadáver endurecido. El gringo, debajo de la manta negra, ordena que nadie se mueva, que nadie hable mientras a viva voz cuenta los segundos. Irene abre la mirada, sonríe y llora, todo al mismo tiempo. Está sola, inmensamente sola pero ese aparato extraño, medio mágico, que parirá un retrato, amaina en algo su pena. Eso piensa, mientras se lleva a la nariz la vieja chaqueta de Pizarro, aquella que está llena de agujeros.

—¡Lo tenemos! —grita Fanning al terminar el conteo de segundos, y el catre cruje y la estremece cuando cae de vuelta al suelo.

El fotógrafo rearma su cámara, hace un ademán de recoger su sombrero, pero Irene se adelanta y se lo entrega. El gringo la mira de pies a cabeza con compasión, le promete que el cuerpo de Santiago Pizarro permanecerá como quería, en una placa de vidrio para siempre. Ella asiente en silencio. Ese hombre le ha cobrado un disparate de dinero y ella se ha gastado buena parte de sus ahorros para que su Pizarro parezca un santo dormido.

Antes de marcharse, el fotógrafo da media vuelta y le hace una última pregunta:

—¿Cuántas copias del retrato quiere que hagamos, señora Morales?

Ella se le queda mirando, callada.

—Doña Irene —repite Fanning en voz baja—, ¿cuántos son los retratos que necesita?

—Una copia, *mister*. . . Solo la mía —contesta contemplando el hilillo de sangre que mana de la nariz del cadáver y escurre como el barro por la comisura de su boca.